
XICOTENCATL

(EL JÓVEN)

GENERALISIMO TLAXCALTECA.

I.

MUY cerca de la ciudad de Tenoch, capital del imperio engrandecido por las conquistas de Itzcoatl, Motecuhzoma I, Axayacatl y Ahuitzotl, permanecia la república de Tlaxcallan, que jamas habia doblado la cerviz ante el poderoso vecino. Los huexotzincas y otros pueblos enemigos de Tlaxcallan, representaban frecuentemente en contra del débil, pero indomable adversario de México, y al fin lograron que se iniciase la guerra á la república, estableciendo de antemano fuertes guarniciones en la frontera de Tlaxcallan. Se impidió á la república su comercio, se le exigió el tributo que tantos pueblos pagaban, que jamas habian pagado á ningun príncipe los tlaxcaltecas, y se les dijo que de-

bían obedecer á los mexicanos como señores que eran del mundo.

Los tlaxcaltecas no encontraron medio alguno entre la esclavitud y la guerra, y se resignaron á sufrir las terribles consecuencias de ésta, antes que someterse á las humillantes condiciones que se les queria imponer. Colocaron grandes guarniciones en los límites de su territorio, construyeron fortalezas, abrieron fosos, fabricaron una muralla de seis millas de largo, y celebraron alianza con los chalcas y otomíes, acérrimos enemigos del imperio mexicano. Frecuentemente atacados por las fuerzas de éste y por otras de varios pueblos, principalmente por las de los huexotzincas, fueron vencedores ó vencidos, pero jamas sometidos al imperio; porque en el primer caso no salían de su territorio, y en el segundo, nunca fué tanta la fortuna de sus enemigos que pudieran apoderarse de la capital de la república.

Moteczuhzoma II, que gobernaba el imperio, no podía soportar que rehusase prestarle obediencia un pueblo tan pequeño, y suscitaba á este muchos y potentes enemigos. Entre estos, se distinguían, como lo expresamos ya, los huexotzincas, que llegaron hasta á tres leguas de Tlaxcallan, donde murió en un combate reñido en defensa de la libertad de su patria, el valiente Tizatlatcatzin, no atreviéndose los vencedores á aprovecharse de su victoria, sino que precipitadamente salieron del territorio de los tlaxcaltecas, quienes triunfaron despues de los huexotzincas en el propio país de estos, los cuales se vieron obligados á pedir auxilio á los mexicanos.

Moteczuhzoma no podía rehusar el auxilio que se le pedia, toda vez que tan interesado estaba en la ruina de los tlaxcaltecas; así es que mandó á los huexotzincas un poderoso ejército á las órdenes de su hijo primogénito. Marchó el hijo de Moteczuhzoma por la falda meridional del Popocatepetl; pero enterados los tlaxcaltecas del camino que llevaban sus temibles enemigos, los atacaron por retaguardia improvisamente, desbaratando á los mexicanos en un reñidísimo combate,

en el cual murió el príncipe, por cuya muerte se apesadumbró demasiado Moteczuhzoma.

No renunciaba este á sus proyectos de dominar á Tlaxcallan, que por su parte, y conociendo el poder de los mexicanos, se fortificaba extraordinariamente y aumentaba sus guarniciones. Un ejército mas numeroso salió de la capital del imperio, encontró aquel al de la república, y uno y otro pelearon con encarnizamiento, siendo nuevamente vencedores los tlaxcaltecas, quienes se apoderaron de grandes riquezas que llevaban consigo los guerreros de México, y solemnizaron en su capital la famosa victoria, premiando á los otomíes que tanto habían contribuido á ella.

II.

Este último acontecimiento tenia lugar el año de 1508.

Tal era la república guerrera de Tlaxcallan en la época citada. En la á que nos vamos á referir (1519), nada habia perdido de su esplendor y de su fuerza, antes bien continuaba inspirando respeto, no solo á los pueblos pequeños sus vecinos, sino al mismo imperio mexicano, su enemigo irreconciliable. En este tiempo, la república estaba gobernada por Xicotencatl, hombre de edad y experimentado en los negocios públicos; por Maxixcatzin, general del ejército tlaxcalteca, y por Tlehuexolotzin y Citlalpopocatzin; cuatro senadores y magistrados que intervenian en el gobierno, ó mejor dicho, que lo constituian. (1)

(1) No es posible conocer á punto fijo la organizacion del gobierno de la república. Los historiadores que consultamos hablan preferentemente de México, ocupándose muy ligeramente de las otras naciones, y algunos de ellos refieren tales episodios y dan crédito á verdaderas fábulas, que un buen criterio rechaza. Tenemos, pues, que limitarnos á lo que de los hechos se infiera, dejando lo demas á la crítica sana del lector.

En esta época, el conquistador Cortés habia celebrado alianza con los cempoaltecas, y aumentado su ejército con algunas tropas totonacas; y pasando por Talapan y Texotla, llegó á Xocotla, desde donde pensaba dirigirse á México. En Xocotla resolvió tomar el camino de Tlaxcallan mejor que el de Cholollan, y desde allá mandó pedir permiso á los tlaxcaltecas para llegar á su capital, enviando con tal embajada á cuatro cempoaltecas, que debian exponer su mensaje al senado de Tlaxcallan, en nombre de Cortés. Lo hicieron así, y Maxixcatzin les contestó que siendo de alta importancia el negocio que los traia á Tlaxcallan, era preciso que el senado deliberase, y que la resolucion de éste les seria comunicada.

En el senado se dividieron las opiniones. Unos sostenian la de Maxixcatzin, que deseaba fueran recibidos amigablemente los españoles, y otros la de Xicotencatl (padre), que resueltamente queria la guerra, y rechazaba la creencia absurda de los totonacas respecto de que los conquistadores fuesen inmortales. Otro senador, Temiloltecatl, sugirió un dictámen que fué aprobado, proponiendo que se dijera á los extranjeros que se les concedia el permiso que solicitaban; pero que al mismo tiempo se diera orden á Xicotencatl el joven, de salir con las tropas otomíes y de la república á cerrarles el paso. Así se hizo: los embajadores volvieron á Cortés, manifestándole que la república concedia lo que deseaba; y el joven tlaxcalteca se encaminó inmediatamente á encontrar á los extranjeros, con un ejército cuyo número no es fácil determinar, por lo mucho que en este respecto varian los historiadores.

III.

Xicotencatl, hijo del senador del mismo nombre, que habia inclinado la opinion del senado en el sentido de la guerra, era un jóven intrépido, activo, entusiasta por las glorias militares é inteligente. Educado en los negocios públicos en virtud de la elevada posicion de su padre, orgulloso con las victorias que hacia poco obtuvo la república contra sus enemigos, y principalmente con las que la hicieron respetar hasta del imperio poderoso gobernado por Motecuhzoma, se creyó llamado á salvar á su patria de la invasion de gentes desconocidas, cuya fuerza y valor habian exagerado los embajadores cempoaltecas; y salió de la capital resuelto á cerrar el paso á los enemigos. Sobre todo, Xicotencatl tenia un bello ejemplo que imitar, un héroe á quien seguir en su gloriosa carrera, y no era posible que fluctuara entre el temor y el cumplimiento de sus deberes. (1)

(1) Permítasenos hacer aquí el elogio del héroe Tlahuicole, general tlaxcalteca que dió gloria á su patria, y una gran reputacion militar á los soldados de la república. Este jefe, que reunia á su inteligencia y á su denuedo una gran fuerza de cuerpo prodigiosa, despues

Mientras tanto, Cortés y sus aliados, entre los cuales se encontraban los soldados mexicanos que estaban de guarnicion en Xocotla, se dirigian sobre Tlaxcallan, teniendo la fortuna de encontrar desguarnecida la muralla famosa á que antes hicimos referencia; así es que pudieron sin ningun esfuerzo evitar el primer choque de los tlaxcaltecas. Pero el mismo dia (19 de Agosto de 1519) se presentaron algunos de éstos, á quienes quiso dar alcance la caballería de Cortés, que fué rechazada. Despues se presentó un ejército como de cuatro mil hombres, que fué derrotado por los españoles. Los prisioneros tlaxcaltecas, de acuerdo con el dictámen de Temiloltecatl, dijeron á Cortés que no se pensaba en hacerle la guerra, y que de todo eran responsables los otomíes, que habian obrado por sí.

Los dos embajadores que habian quedado en Tlaxcallan,

de haber contribuido á los triunfos de su nacion sobre las tropas de Motecuhzoma, fué hecho prisionero por estos y conducido á México en una jaula, en cuya capital fué presentado al emperador. Este, á cuyo conocimiento habian llegado las hazañas de Tlahuicole, y que entre algunos vicios poseia la virtud de apreciar el mérito verdadero, no quiso llevar al suplicio ó sacrificar á sus dioses al valiente general, que era el destino de los prisioneros. Al contrario, ordenó que se diera la libertad á Tlahuicole, cuya gracia no admitió éste con el pretexto de que no podia presentarse á sus compatriotas con la ignominia de la derrota, pero solamente porque no quiso deber la vida á su enemigo. Motecuhzoma, sin embargo, no tuvo á bien hacer mal á su prisionero, sino que le dió el mando del ejército que fué á atacar á Tlaximaloyan (Michoacan), en donde el tlaxcalteca obtuvo un triunfo completo, volviendo á México con los despojos de los enemigos.

Motecuhzoma reconoció este señalado servicio, y ofreció nuevamente á Tlahuilole la libertad y el empleo de general de los ejércitos mexicanos, lo cual rehusó el célebre tlaxcalteca, diciendo al emperador que no deseaba otra cosa que la muerte antes que traicionar á su patria, con tal de que se le llevase al sacrificio gladiatorio, por ser éste mas honroso; y "viendo el rey—dice Clavijero, de acuerdo con los demas

volvieron á Cortés con el mensaje del senado, pero aun no habian concluido su relacion, cuando se dejaron ver como mil hombres que comenzaron á hostilizar á los españoles, y se retiraban poco á poco, con el fin de atraer á estos á unos barrancos donde estaba emboscado un gran número de tlaxcaltecas. El choque allí fué terrible; los conquistadores se creyeron perdidos; pero el arrojo de Cortés los salvó del peligro; salieron de aquel lugar, y en la llanura hicieron estragos las armas españolas.

Cortés comprendia cuánto perjudicaba á su pequeño ejército la guerra con Tlaxcallan, y hacia esfuerzos de todo género para que la república aceptase su amistad y su alianza, sabiendo de antemano que los tlaxcaltecas eran enemigos irreconciliables de los mexica. Con este fin dió libertad á cuatrocientos prisioneros, recomendándoles fueran á ofrecer su

historiadores—la obstinacion con que el guerrero de Tlaxcallan rehusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su deseo y señaló el día del sacrificio. Ocho dias antes empezaron los mexicanos á celebrarlo con bailes; cumplido el término, en presencia del rey (Motecuhzoma, llamado emperador por otros historiadores), de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató ocho é hiirió á veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra, fué llevado ante el ídolo Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo, segun el rito establecido.”

Tal era Tlahuilole; así murió el guerrero cuyo valor y fidelidad para con su patria y aun hácia su enemigo, lo han elevado á la categoría de héroe, solo que sus hazañas no han sido apreciadas justamente porque no nació en Grecia ó en Roma; porque no fué á sentarse despues de su derrota sobre las ruinas de Cartago, ó porque no llevó el nombre de Curcio ó de Scévola, mitos quizá estos últimos, con los cuales, sin embargo, se envaneció la república romana.

amistad á los jefes de la república, pero ellos se dirigieron al jóven general cuya biografía hacemos, el cual ese dia (4 de Setiembre) se encontraba con su ejército á dos leguas del de Cortés. Xicotencatl respondió: “Si los españoles quieren la paz, que se encaminen á la capital, donde serán víctimas consagradas á los dioses,” cuya contestacion consternó á los españoles.

Era el dia 5, y á la vista de Cortés se presentó el ejército de Xicotencatl, ostentando los guerreros sus penachos y demas adornos militares. El jóven tlaxcalteca sabia que faltaban víveres á los españoles, y para que éstos no creyesen que los queria vencer por hambre, les mandó doscientas canastas de *tamalli* y trescientos pavos, y les recomendó restaurasen sus fuerzas con el alimento para entrar en batalla. A poco Xicotencatl destacó dos mil hombres que asaltaron á los españoles de un modo tan violento, que forzaron las trincheras, entraron al campo de los conquistadores, y pelearon con ellos cuerpo á cuerpo.

IV.

Todos los historiadores convienen en que Xicotencatl pudo el memorable 5 de Setiembre destruir completamente á los españoles; y seguramente así se hubiera verificado, si no reina la anarquía en el ejército tlaxcalteca. Chichimeca-teuchli habia tenido una cuestion con Xicotencatl, y no queriendo éste satisfacerlo de ninguna manera, se le separó con diez mil hombres que mandaba, é indujo á otro jefe de igual número de tropa, Tlehuxolotzin, á que hiciese lo mismo. Los ódios personales, las rencillas, los celos debilitaron la fuerza de la república cuando la union era mas necesaria, y este acontecimiento facilitó, como veremos mas adelante, la paz entre los tlaxcaltecas y los conquistadores, la cual abrió á Cortés el camino de la capital del grande imperio que para desgracia de los mexicanos gobernaba entonces el supersticioso y déspota Motecuhzoma.

Pero la desercion de los dos jefes tlaxcaltecas (1) no desa-

(1) Segun algunos historiadores, Chichimeca-teuchli, no era tlaxcalteca, sino aliado de la república. Otros sostienen lo contrario con buenos datos.

lentó á Xicotencatl, que volvió á dar un combate sangriento. Los estragos que en la muchedumbre hacia la artillería española, no amenguaron la intrepidez de los que defendian sus hogares y su libertad, ni impidieron que estos pusiesen en confusion las filas contrarias y rechazasen varias veces á los españoles, á pesar de los gritos y reconvencciones de Cortés, quien con los suyos volvió á su campo.

Todo aquel dia continuaron los tlaxcaltecas hostilizando en su campo á los españoles, y entretanto Xicotencatl consultaba lo que debia hacer á los adivinos de Tlaxcallan, (1) los cuales contestaron que se atacase durante la noche á los españoles, y así lo resolvió el general; pero antes quiso conocer con exactitud el campo enemigo, el número de sus fuerzas y cuanto podia contribuir al feliz éxito del golpe que meditaba. Para lograrlo, envió á Cortés cincuenta hombres con un regalo, pero estos no disimularon sus intenciones de manera que no se apercibiese de ellas el jefe español, quien bárbaramente mandó cortar las manos á los mensajeros, que le habrian sido mas útiles teniéndolos en rehenes que mutilándolos, y haciéndoles volver así al campamento de Xicotencatl. Se dió el combate en la noche y los tlaxcaltecas huyeron, y el mismo general volvió avergonzado y confuso á la capital de la república.

(1) Los que se burlan de esta consulta de Xicotencatl, no han tenido presente que los mayores héroes de la antigüedad, incluso Alejandro Magno, fueron supersticiosos, y siguieron mas de una vez las inspiraciones de los ridículos conocedores del porvenir.